

La muñeca

Jean Rhys

¿Qué edad tenía yo cuando destrocé la cara de la muñeca rubia? Recuerdo vivamente la satisfacción de sentirme mala.

La sensación de culpa, que ya era un triunfo a medias.

Habían llegado dos muñecas de Inglaterra, supongo que como regalo de la abue irlandesa. Una era rubia y morena la otra. Bellas ambas. Pero en cuanto vi la muñeca morena la quise como no había deseado algo en la vida. Mientras yo seguía contemplándola, mi hermanita la arrebató de pronto.

—Oh, no —le dije—. Oh, no, yo la vi primero.

Pero cuando yo traté de quitarle la muñeca, ella gritó y mi madre acudió al rescate.

—Debes dejársela a tu hermanita. No querrás crecer siendo una niña egoísta a la que nadie quiera, ¿verdad?

—No me importa.

—No seas tonta. Debía gustarte verla tan contenta.

—Bueno, aquí está la rubia. También es muy bonita. Y mira, sus ojos se abren y se cierran.

—No la quiero —dije.

—No seas tonta. No seas egoísta.

Con la muñeca rubia en los brazos, me alejé.

—¿A dónde vas?

—Al jardín.

Salí al sol y luego, bajo la sombra del gran mango, tendí a la muñeca rubia. Tenía cerrados los ojos. Entonces busqué una gran piedra, la dejé caer con todas mis fuerzas en su cara y oí, encantada, el sonido que hizo al partirse. Se armó un gran escándalo sobre eso. ¿Por qué? ¿Por qué yo había hecho una cosa tan mala, realmente perversa?

Yo no lo sabía. Me asombró a mí misma. Solo estaba segura de que tenía que hacerlo y que, para mí, era lo correcto. Mi madre se sintió tan inquieta que habló a mi padre de mi extraño comportamiento.

En el salón de su consultorio, me detuve y lo miré. Una vez había preguntado a mi madre, “¿De qué color son sus ojos?”



—Tu padre tiene hermosos ojos de avellana —me contestó.

Avellana, palabra nueva. Debo recordarla.

¿Y ahora qué? ¿Qué va a pasar?

—¿Qué debo hacer contigo? Fue algo estúpido —me dijo él, desviando la mirada.

—Yo quería la otra. Yo la vi primero —logré decir—. Ella solo la quiso porque yo la quería. No fue justo.

—Nada es justo —me contestó, un tanto sombríamente—. Nada. Cuanto antes entiendas esto, tanto mejor. Si de eso se trata, tú no fuiste muy justa con la pobre muñeca. Algo tan tonto, tan malvado. ¿Por qué no regalarla si no la querías? Aquella fue una idea nueva. ¿Por qué no? No, eso no habría bastado.

—Tu madre cree que la tía abuela Jane te está consintiendo demasiado —dijo mi padre, siempre desviando la mirada—. Te alienta a imaginar que puedes salirte con la tuya, o armar un escándalo. Tal vez será mejor que te quedes aquí, en lugar de ir a Ginebra la semana próxima.

¿No ir a Ginebra? ¿No ver a la tía Jane?

—¡Oh, no, no!

—Bueno, entonces esta vez no. Pero no debes preocupar así a tu madre. No lo toleraré. Ahora debemos pasar la hoja o me verás enojarme.

Pero no me había preguntado por qué había yo hecho aquello, y yo pensaba que él lo sabía todo.

Solo en brazos de la tía abuela Jane pude volver a hablar de eso.

—Siempre están esperando que yo haga cosas que no quiero hacer, y no quiero. No quiero, no quiero. Pienso en eso todo el tiempo. No volveré a hacerlo. (Nunca, nunca).

Ella me dijo:

—No pienses más en eso.

Por primera vez, lloré por la muñeca rubia.

—La enterraré en el jardín —dije, sollozando—. Pondré flores en su tumba.

—Bueno, esa es una idea bonita —dijo la tía Jane.

“No puedo imaginarme qué será de ti”, decía a menudo mi madre.

Y la tía no me quiere porque detesto coser.

“**—Tu padre tiene hermosos ojos de avellana —me contestó.**”

El ruido del río

Jean Rhys

La bombilla eléctrica colgaba de un corto cable desde el centro del techo de la habitación y, como no había luz suficiente para leer, se tumbaron en la cama y charlaron. El viento nocturno empujaba las cortinas y entraba, suave y húmedo, por la abierta ventana.

—Pero, ¿de qué tienes miedo? ¿A qué te refieres cuando dices miedo?
—Me refiero —dijo ella— a ese mismo miedo que tienes cuando quieres tragar una cosa y no puedes.
—¿Constantemente?
—Casi constantemente.
—Dios mío, qué cosa. Eres idiota.
—Ya lo sé.

Pero no por esto, pensó ella, no por esto.
—No es más que un estado de ánimo —dijo ella—. Pasaré.

—Eres muy contradictoria. Tú elegiste este sitio y fuiste tú la que quiso venir aquí. Yo creía que te parecía bien.

—Y me parece bien. Me parece bien el páramo y la soledad y todo el paisaje, pero sobre todo la soledad. Solo me gustaría que, además, dejase de llover de vez en cuando.

—La soledad está muy bien, pero hace falta que la acompañe el buen tiempo.

Si pudiese decirlo con palabras quizás desaparecería, pensaba ella. A veces puedes decirlo con palabras -casi- y así librarte de ello -casi-. A veces puedes decirte "admitiré que hoy tenía miedo". Tenía miedo de las caras pulcras y uniformes, de las caras de rata, de la forma que reían en el cine. Tengo miedo de las escaleras y de los ojos de las muñecas. Pero no hay palabras para decir este miedo. Aún no se han inventado las palabras para decirlo.

—Volverá a gustarme en cuanto deje de llover —dijo ella.

—¿Verdad que no te gustaba hace un momento? Cuando estábamos en el río.

—Bueno. No mucho.

—Esta noche había un ambiente un poco fantasmal ahí abajo. ¿Qué podías esperar? Nunca consigues elegir un sitio donde haga buen tiempo. (Ni tampoco ninguna otra cosa, pensó él). Hay demasiados abetos por todos lados. Te sientes encerrado.

—Sí.

Pero, pensó, no son los abetos, ni el cielo sin estrellas, ni la flaca luna perseguida, ni las bajas colinas sin cresta, ni las colinas abruptas, ni las grandes rocas. Es el río.

—El río es muy silencioso. ¿Se debe a que va muy lleno?

—Supongo que acabas acostumbrándote al ruido. Entremos. Podemos encender la chimenea del dormitorio. Ojalá tuviésemos

una copa. Daría muchísimo por una copa, ¿tú no?

—Podemos tomarnos un café. Mientras volvían a entrar él había mantenido la cabeza vuelta hacia el agua.

—Con esta luz tiene un aspecto curiosamente metálico. No parece agua.

—Tan uniforme como si el río estuviese helado. Y mucho más ancho.

—Yo no diría helado. Muy vivo, aunque de forma misteriosa. Como una cabellera ondulada —dijo como si hablara consigo mismo.

O sea que él también lo había notado. Ella se tendió y recordaba la forma cómo, a la luz de la luna, había cambiado, la superficie rota, la rápida corriente del río. Las cosas tienen más fuerza que las personas. Siempre lo he creído. (Si le tienes miedo a ese caballo es que no eres hija mía. Si tienes miedo de marearte en el barco es que no eres hija mía. Si tienes miedo de la forma de una montaña, o de la luna cuando se hace vieja, es que no eres hija mía. De hecho, no eres hija mía).

—Ahora no está tan silencioso, ¿verdad? Me refiero al río.

—No, desde aquí arriba hace mucho ruido —bostezó—. Pondré otro tronco en el fuego. Ransom ha sido muy amable prestándonos el carbón y la leña. No nos prometió esta clase de lujos cuando vinimos a esta casa. ¿Verdad que no es mal tipo?
—Tiene buen corazón. Y, además, después de tanto tiempo debe haberse acostumbrado al clima.

—A mí me gusta —dijo él cuando volvía a meterse en la cama—, a pesar de la lluvia. Seamos felices aquí.

—Sí, seámoslo.

Esta es la segunda vez. Ya lo había dicho antes. Lo dijo el día en que llegaron. Tampoco entonces había ella contestado, "Sí, seámoslo" inmediatamente, porque el miedo que había estado esperándola se le había acercado, la había tocado, y habían pasado algunos segundos antes de que pudiese hablar.

—Lo que vimos esta tarde debía ser una nutria, porque era muy grande para ser simplemente una rata de agua. Se lo diré a Ransom. Le encantará saberlo.

—¿Por qué?



—No hay muchas nutrias por esta zona.

—Pobrecillas, si no hay muchas seguro que no les va muy bien por aquí. ¿Qué hará Ransom? ¿Organizará una cacería? Quizás no. Los dos pensamos que es un hombre de buen corazón. Esta región es un refugio de pájaros, ¿lo sabías? Es muchas cosas. Le diré a Ransom que vi ese pájaro del pecho amarillo. Quizás él sepa qué era.

Aquella misma mañana lo había visto aletear al otro lado del cristal de la ventana: un destello amarillo en medio de la lluvia.

«Qué pájaro tan bonito». El miedo es amarillo. Tú eres amarillo. Este pájaro tiene una mancha amarilla. Tienen razón, el miedo es amarillo. «¿Verdad que es bonito? ¡Y qué persistente! Está decidido a entrar...»

—Voy a apagar esta luz. No sirve de nada. Es mejor el fuego.

Encendió una cerilla para fumar otro pitillo y, cuando la cerilla prendió, ella vio profundas bolsas bajo sus ojos, la piel ten-

sa sobre sus pómulos, y el delgado puente de su nariz. Él sonreía como si supiera lo que ella había estado pensando.

—¿Hay alguna cosa de la que no tengas miedo cuando te sientes así?

—Tú —dijo ella. La cerilla se apagó. Pase lo que pase, pensó. Hagas lo que hagas. Haga lo que haga.

Tú nunca. ¿Me oyes?

—Bueno —dijo él—. Eso es un alivio.

—Mañana hará buen día. Ya lo verás. Tendremos suerte.

—No te fies de nuestra suerte. A estas alturas, ya deberías haberlo aprendido. Pero tú eres de las que nunca aprenden. Por desgracia, los dos somos de los que nunca aprenden.

—¿Estás cansado? Parece que lo estés.

—Sí —suspiró, y se dio la vuelta—. Bastante. Cuando ella dijo «Tengo que encender la luz, quiero una aspirina», no contestó, y ella extendió el brazo por encima de él y tocó el interruptor de la débil bombilla eléctrica. Estaba durmiendo. El cigarrillo encendido se había caído en la sábana.

—Menos mal que lo he visto —dijo en voz alta. Apagó el cigarrillo y lo tiró por la ventana, buscó la aspirina, vació el cenicero, posponiendo el momento en que tendría que tenderse, estirada, escuchando, en que cerraría los ojos aunque solo para que se volvieran a abrir de golpe.

«No te duermas -pensó mientras permanecía tumbada-. Quédate despierto y cófortame. Estoy asustada. Te aseguro que aquí hay algo que da miedo. ¿Por qué no puedes notarlo tú? Cuando dijiste, «Seamos felices» el primer día, había en alguna parte un grifo que goteaba en un fregadero lleno, y hacía una música alegre y horrible. ¿No lo oíste? Yo lo oí. No te des la vuelta ni suspires ni te duermas. Quédate despierto y cófortame». Nadie va a confortarte, se dijo, ya deberías haberlo aprendido. Reúne todas tus fuerzas, desperdiga todas tus fuerzas. Hubo una vez. Hubo una vez. Además me dormiré en seguida. Siempre queda el recurso de dormir, y mañana hará buen tiempo.

«Sabía que hoy haría buen tiempo —pensó cuando vio la luz del sol a través de las delgadas cortinas—. El primer día que lo hace.» —¿Estás despierto? Hace buen tiempo. He tenido un sueño muy gracioso —dijo sin dejar de mirar la luz—. He soñado que caminaba por un bosque y los árboles gruñían y después soñaba que el viento soplaba contra los cables del telégrafo, bueno, algo parecido, pero fortísimo. Todavía lo oigo: te juro de verdad que no me lo invento. Todavía lo tengo en la cabeza y no se parece a nada, solo un poco al viento soplando contra los cables del telégrafo.

«Hace un día precioso —dijo tocándole la mano.

«Cariño, estás helado. Iré a buscar una botella de agua caliente y haré el té. Ya lo hago yo: esta mañana me siento llena de energías, y tú te quedas descansando, aunque solo sea una vez.

«¿Por qué no contestas? —dijo sentándose y asomándose sobre él para mirarle—. Me estás asustando —su voz era cada vez más fuerte—. Me estás asustando. Despierta —dijo, sacudiéndole».

En cuanto le tocó, su corazón empezó a hincharse, hasta que le tocó la garganta. Se le hinchó y de él salían afiladas garras y las garras se le clavaban cada vez más profunda-

mente.

«Dios mío», se levantó y descorrió las cortinas y vio la cara de él al sol. «Dios mío», dijo mirando su cara al sol y se arrodilló junto a la cama tomándole su mano entre las suyas sin hablar ni pensar ya.

—¿No oyó nada durante la noche? —dijo el médico.

—Creí que era un sueño.

—¡Oh! ¡Creyó que era un sueño! Ya entiendo. ¿A qué hora se despertó?

—No lo sé. Teníamos el reloj en la otra habitación porque es muy ruidoso. Supongo que serían las ocho y media o las nueve.

—Usted sabía naturalmente lo que había ocurrido.

—No estaba segura. Al principio no estaba segura.

—Pero, ¿qué estuvo haciendo? Eran más de las diez cuando me telefoneó. ¿Qué estuvo haciendo?

Ni una sola palabra de consuelo. Receloso. Tiene los ojos pequeños y las cejas pobladas y parece receloso.

—Me he puesto un abrigo y me he ido a

casa de míster Ransom, que tiene teléfono. He ido corriendo, pero parecía estar muy lejos.

—De todos modos, como máximo eso puede haberle llevado diez minutos.

—No, parecía muy lejos. Yo corría pero parecía que no avanzase. Cuando he llegado no había nadie en la casa y la habitación del teléfono estaba cerrada. La puerta principal está siempre abierta pero cuando sale suele cerrar esa habitación. Entonces he vuelto al camino pero no he visto a nadie. No había nadie en la casa ni en el camino y tampoco había nadie en la ladera de la montaña. De un alambre colgaban al viento unas sábanas y algunas camisas de hombre. Y estaba el sol, claro. Era el primer día de sol que teníamos. El primer día bueno.

Miró la cara del doctor, se interrumpió, y luego prosiguió con una voz distinta.

—Estuve primero andando arriba y abajo un rato. No sabía qué hacer. Luego se me ha ocurrido que quizás podría forzar la puerta. Lo he intentado y cedió. Se partió una tabla y entré. Pero parecía que pasaba muchísimo tiempo antes de que alguien contestara.

Sí, claro que lo sabía, pensó. Tardé mucho porque tenía que quedarme allí, escuchando. Entonces lo oí. Se fue haciendo más fuerte y sonaba más cerca, y estaba dentro de la habitación, conmigo. Oí el ruido del río.

Oí el ruido del río.

Fin

LA AUTORA



Jean Rhys

(Roseau, Dominica británica- 1890- Exeter, Reino Unido, 1979). Ellen Gwendolen Rees Williams, su verdadero nombre, fue una novelista anglo-caribeña de la primera mitad del siglo XX. En 1928 publicó su primer libro, *Posturas*, al que seguirían dos libros más que no le reportaron demasiado éxito. En 1940 decidió retirarse de la vida literaria y no fue hasta 1966 que consiguió publicar la que es considerada su mejor novela, *Ancho Mar de los Sargazos*, obra ganadora del WH Smith Literary Award.

Rocket man

Martín Faunes Amigo

He vuelto a este mundo tras trescientos años. Han ordenado mi retorno. Mi nuevo jefe, el que a mi partida no se avizoraba aún su nacimiento, tras un homenaje que no esperaba ni creí merecer, más el aplauso inmerecido también de esos compañeros, todos nuevos para mí, nos invitó a un trago que disfrutamos junto a algo frugal como todo lo que es posible conseguir por estos tiempos.

Después, sin un gran pudor, se permitió invitarme a un lugar donde dijo “te podrás relajar”, lo que de verdad yo necesitaba. Él pagaría lo necesario porque ese dinero que tanto me costó ahorrar, hoy no es sino un atado de papeles.

Tras el repique de una campanilla, una docena de muchachas se presentó ante nosotros. Mi jefe se perdió por los pasillos con una que a tiempos de mi partida bien podría haber sido coronada reina de belleza. Por mi parte, escogí a la más sombría, a la más humilde. Una que se tomó de mi brazo mientras sonreía agradeciendo y me susurraba que haría lo que le pidiera y lo que me causara más placer. Con un chispeo de sus ojos



me dijo también que de verdad disfrutaría haciéndolo.

Tan convincente fue que hasta creí que lo que decía lo decía de verdad, o tal vez lo creí porque en lo profundo era lo que

yo deseaba creer.

La desnudé en silencio y hundí mi cabeza entre el frío acero de sus piernas mientras lloraba, lloramos.

Fin

EL AUTOR



Martín Faunes Amigo

(Santiago de Chile, 1949). Narrador, dramaturgo, docente y psicólogo social. Representa una de las voces más importantes e influyentes de lo que se ha dado en llamar Generación NN, la más golpeada por la dictadura pinochetista pero sin embargo, la menos silenciada. Ha publicado, entre otros, la novela *Viajera de los nombres supuestos* (2002), los libros de cuentos *Tranvía equivocado* (1992), *Fantasmas en la red*, en coautoría con Oscar Montealegre, (2003) y *Un lápiz de pasta marca Bic* (2013), además del libro de cortometrajes *Lo duro y lo hermoso al finalizar el siglo XX* (1996).

La función del arte

Eduardo Galeano

Diego no conocía la mar. El padre, Santiago Kovadloff, lo llevó a descubrirla.

Viajaron al sur. Ella, la mar, estaba más allá de los altos médanos. Esperando.

Cuando el niño y su padre alcanzaron por fin aquellas cumbres de arena, después de mucho caminar, la mar estalló ante sus ojos. Y fue tanta la inmesidad de la mar, y tanto su fulgor, que el niño quedó mudo de hermosura.

Y cuando por fin consiguió hablar, temblando, tartamudeando, pidió a su padre:

¡Ayúdame a mirar!

Fin

De *El libro de los abrazos* (1989).



EL AUTOR



Eduardo Galeano

(Montevideo, Uruguay, 1940-2015). Escritor y periodista cuya obra, comprometida con la realidad latinoamericana, indaga en las raíces y en los mecanismos sociales y políticos de Hispanoamérica. Una de sus obras más conocidas es *Las venas abiertas de América Latina* (1971). En dos ocasiones obtuvo el premio Casa de las Américas. Escritor prolífico, la obra de Eduardo Galeano abarca los más diversos géneros narrativos y periodísticos. Otros títulos suyos a destacar son *La canción de nosotros* (1975), *Días y noches de amor y de guerra* (1978), *Memoria del fuego* (1984), *Guatemala, país ocupado* (1967), *Patatas arriba. La escuela del mundo al revés* (1999), *Bocas del tiempo* (2004) y *Espejos: una historia casi universal* (2008).